

En los animales se observa la misma ley; sus ideas, si puede dárseles este nombre, están siempre de acuerdo con sus sentimientos y su razón con sus pasiones. Por esta razón no hay en ellos aumento ni disminución de inteligencia. Será fácil seguir esta regla de las conformidades en las plantas y minerales.

«Por qué incomprensible destino se exceptúa solo el hombre de esta ley tan necesaria para el orden, conservación, paz y felicidad de los seres? Cuanto mas visible es la armonía de las cualidades y movimientos en el resto de la naturaleza, tanto mas dolorosa es su desunión en el hombre. Entre su entendimiento y su deseo y entre su razón y su corazón, se observa una guerra continua. Cuando llega al mas alto grado de civilización, se halla en el último escaño de la moral: si es libre, tambien es grosero; si pudo sus costumbres, tambien se forja cadenas. Llegó á brillar por las ciencias? su imaginación se debilita. Se hace poeta? pierde el entendimiento; su corazón se aumenta á costa de su cabeza, y está á costa de su corazón. Se halla pobre de ideas, al paso que se mira rico de sentimientos, y se limita en sentimientos al paso que se extiende en ideas. La fuerza le hace áspero y duro y la debilidad le da un aire gracioso. Una virtud le conduce siempre á un vicio, y por el contrario, un vicio le oculta una virtud. Las naciones consideradas en común presentan las mismas vicisitudes; pierden y vuelven á encontrar sucesivamente la luz. El espíritu del hombre vuela sin cesar al derredor del globo, como si tuviera un farol en la mano, en medio de la noche que nos cubre; se muestra sucesivamente á las cuatro partes de la tierra, como el astro nocturno que crecien-do y menguando continuamente, disminuye ó cada paso en un país la claridad que aumenta en otro.

«No es, pues, conforme á razon creer que el hombre en su primitiva constitucion se pareciese á las demás criaturas, y que esta constitucion se formase de la perfecta uniformidad de sentimiento y de pensamiento, de imaginacion y de entendimiento? Puede ser se convenga mejor si se observa que esta reunion es aun necesaria en el dia para gustar algo de aquella felicidad que hemos perdido. De este modo, por sola la cadena del razonamiento y de las probabilidades de la analogia, se encuentra el pecado original, por cuanto el hombre, segun lo vemos, no es verdaderamente el hombre natural. El hombre contra-dito á la naturaleza, se halla desregulado cuando todo está arreglado, es falso cuando todo es sencillo; misterioso, inabundante, inexplicable, y visiblemente se halla en el estado de una cosa á quien ha transformado un accidente: es como un palacio arruinado y reedificado con sus propias ruinas; se ven en él partes sublimes y deformes, magníficas palstras que á nada se dirigen, altos pórticos y bajas bóvedas, fuertes luces y profun-

das tinieblas; en una palabra, reinan en él por todas partes la confusión y el desorden.

Luego si la constitucion primitiva del hombre consistia en las conformidades, del mismo modo que se hallan establecidas en los otros seres, para destruir un estado que tiene su armonía en la naturaleza, es suficiente alterar en él el contrapeso. La parte amante y la parte pensativa formarian en nosotros esta balanza preciosa. Adán era al mismo tiempo que el mas despejado y el mejor de los hombres, el mas poderoso en pensamientos y amor. Pero todo lo criado tiene por necesidad un paso progresivo. En lugar de prometerse con la revolucion de los siglos algunos nuevos conocimientos que no hubiera recibido sino con nuevos sentimientos, pretendió Adán cono-cerlo todo de un golpe. Notad aquí una cosa importante; el hombre podia destruir la armonía de su ser de dos maneras, ó queriendo amar ó queriendo saber demasiado, ó pediendo solamente por el segundo. En efecto, tenemos mas inclinacion á las ciencias que al amor; este hubiera sido mas digno de listima que de castigo, y aunque Adán se hubiera hecho culpable por haber querido saber mas bien que *combar* demasiado, acaso hubiera podido el hombre rescatarse á sí mismo y el Hijo del Padre Eterno no se hubiera visto en la precision de sacrificarse. Pero no sucedió así. Adán quiso penetrar el universo, no con el sentimiento, sino con el pensamiento, y tocando al árbol de la ciencia, admitió en su entendimiento un rayo de luz demasiado fuerte. Al instante faltó el equilibrio y se apoderó del hombre la confusión. En vez de la claridad que se habia prometido, halló su vista cubierta de espesa tinieblas; su pecado se extendió como un velo entre él y el universo. Toda su alma se turbó y se sublevó; las pasiones combatieron al entendimiento, este procuró aniquilarlas, y en tan terrible tempestad el escollo de la muerte vio con alegría el primer naufragio.

Tal fué el accidente que mudó la armonias é inmortal constitucion del hombre. Desde este dia todos los elementos de su ser quedaron separados y sin poderse unir. La costumbre (así podríamos decir el amor al sepulcro) que ha contrariado la materia, destruye todo proyecto de rehabilitacion en este mundo, porque no es tan larga nuestra vida que de tiempo á que nuestros esfuerzos hacia la primera perfeccion puedan jamás hacerse llegar á ella.

1. En esto consiste que el sistema de perfectibilidad es del todo defectuoso. No se percibe que si el espíritu adelantase siempre en luz y el corazón creciese siempre en sentimientos ó en virtudes morales, el hombre, en un tiempo dado, volviéndose á encontrar en el punto de donde se salió, sería necesariamente inmortal; porque llegando á faltar en el todo principio de *division*, cesaria todo principio de muerte. La vida larga de los patriarcas y el don de profecía entre los hebreos, se pueden atribuir á un estado

Pero ¿cómo era posible cupiesen en el mundo todas las razas si estas no estuviesen sujetas á la muerte? Esto no es mas que un negocio de imaginacion; es pedir á Dios cuenta de sus hombres, que son infinitos. ¿Quién sabe si los hombres estarian entonces tan multiplicados como lo están ahora? ¿Ni quién puede saber si la mayor parte de las generaciones hubiera permanecido virgen, ó si esos millones de astrós que giran sobre nuestras cabezas, no nos hubieran sido reservados como unos retiros deliciosos á los cuales nos trasportasen los ángeles? Aun se puede adelantar mas la imaginacion. Es imposible calcular hasta qué altura de artes y ciencias podría llegar el hombre perfecto y siempre vivo en la tierra. Si se ha hecho deudo de tres elementos, si á pesar de las mas grandes dificultades disputa hoy el imperio de los aires á las aves, ¿cuánto no hubiera podido tentar en su carrera inmortal? La naturaleza del aire, que forma hoy un obstáculo invencible á la mudanza del planeta, seria tal vez diferente antes del diluvio. Sea lo que fuere, no es cosa indigna del poder divino y de la grandeza del hombre suponer que la raza de Adán fuese destinada á correr los espacios y animar todos los sales que privados de sus habitantes por el pecado, no son mas que unas soledades resplandecientes.

LIBRO CUARTO.

CONTINUACION DE LAS VERDADES DE LA ESCRITURA. OBJECIONES CONTRA EL SISTEMA DE MOISES.

CAPITULO I.

CRONOLOGÍA.

Desde que algunos sabios se adelantaron á decir que el mundo traia consigo en la historia del hombre ó en la de la naturaleza varias señales de una grandísima antigüedad, contra el origen moderno que le da la Biblia, se han citado por todas partes á Sanconion, á Porfirio y á los li-

blecimiento mas ó menos grande de los equilibrios de la naturaleza humana. Así los materialistas que sostienen el sistema de *perfectibilidad*, no se entienden entre sí, porque en efecto, esta doctrina lejos de ser la del *materialismo*, conduce á las ideas mas místicas de la *espiritualidad*.

1. Esta es la opinion de san Crisostomo, quien pretendió decir que Dios hubiera hallado medios para la generacion, que nos son desconocidos. Hay, añade, ante el trono divino una multitud de ángeles que no han nacido del mismo modo que los hombres. De *Virginis*. lib. II.

bros Sansonios, etc. Los que aprecian estas autoridades, las han consultado acaso en sus originales?

Por descontentado, tiene algo de temerario queremos persuadir que Origenes, Eusebio, Bossuet, Pascal, Ronelton, Bacon, Newton, Leibnitz, Huet y otros muchos, eran unos ignorantes ó simples, ó unos perversos que hablaban contra aquello mismo que les dictaba la razon. Lo cierto es que ellos creyeron verdadera la historia de Moisés, y no se puede negar á estos hombres la doctrina en comparacion de la cual nada vale nuestra erudicion.

Pero comenzando por la cronología, ¿han tragado los sabios modernos como por jugnete las insuperables dificultades que hicieron temblar á Scaligero, Petavio, Usero y Grotio? ¿Se burlarian de nuestra ignorancia si les preguntásemos cuando tuvieron principio las olimpiadas, cómo cuando tuvieron los modos de contar por arcotas, convenian con los modos de contar por alfileres, cédulas, cónsules, reinos, juegos piticos, juegos y seculares? ¿Cómo se reúnen todos los calendarios de las naciones? ¿De qué modo se ha de proceder para que el antiguo año de Rómulo, de 1066 meses y 354 dias, coincida con el de Numa, que es de 355, y con el de Julio César de 365? ¿Por qué medio se evitarán los errores, refiriendo estos mismos años al año comun ático de 354 dias, y al año embolístico de 384?

Sin embargo, no son estas solas las dudas acerca de los años. El antiguo de los judíos no tenia mas que 354 dias: se añadan algunas veces doce dias al fin del año, y otras veces un mes de treinta dias después del mes de *Adar*, con el fin de tener el año solar. El año judío moderno cuenta doce meses, y toma siete años de trece meses en el espacio de diez y nueve años. El año ciríaco varia igualmente y se compone de 365 dias. El año turco ó árabe reconoce 354 dias, y cuenta once meses intercalares en el espacio de veintinueve años. El egipcio se divide en doce meses de treinta dias, y añade cinco al último; y el año persiano, llamado *vezdegerdic*, es parecido al precedente.

Además de estos muchos modos de medir los tiempos, ni tienen todos los años los mismos principios, ni las mismas horas, ni los mismos dias, ni las mismas divisiones. El año civil de los judíos (y lo mismo el de todos los orientales) da principio en la luna nueva de setiembre, y el eclesiástico en la de marzo. Los griegos cuentan el primer mes de su año desde la luna nueva que sigue al solsticio del estio. El mes primero del año de los persas corresponde á nuestro mes de

1. El segundo año persiano, llamado *galéacan*, que dió principio en el año del mundo 1089, es el mas exacto de los años civiles, porque reduce los solsticios y los equinoccios con precision á los mismos dias, y concuerda sin embargo de una intercalacion repetida seis ó siete veces en cuatro años, y después una vez en cada cinco.

junio, y los chinos é indios lo toman de la primera luna de marzo. En seguida vemos meses astronómicos y civiles subdivididos en lunares y solares, en sínodos y periódicos; vemos tambien secciones de meses en kalendas, idus, decadas y semanas; é igualmente los espacios de dias, artificiales y naturales, de los cuales los segundos comienzan al amanecer entre los antiguos babilonios, sirios y persas, y los primeros al anochecer, entre los chinos y la Italia moderna, que era lo que justamente sucedia en la antigüedad entre los athenienses, judíos y bárbaros del Norte. Los árabes comienzan sus dias al mediodía; la Francia actual á la media noche, y lo mismo los ingleses, alemanes, españoles y portugueses. Finalmente; hasta en las mismas horas discorda la cronología, distinguiéndose en babilónicas, italianas y astronómicas; y si se apra la cosa, no veremos contar 60 minutos en una hora europea, sino 1080 escrupulos en la hora calda y árabe.

Se dice que la cronología es la antorcha de la historia; plúguiese á Dios no tuviésemos otra para certificarlos de los delitos de los hombres; á lo menos podríamos dudar de ellos. Y ¿en qué vendría á parar esto si para oírlo de las dudas nos metiésem en los periodos, eras y épocas? El período victoriano, que comprende 532 años, se forma de las multiplicación de los siglos del sol y de la luna.¹ Los mismos siglos, multiplicados por el de la inclinación, producen los 7,980 años del período juliano. El período de Constantinopla comprende un número de años igual al del período juliano, aunque no comienza en la misma época. Por lo que mira á las eras, se cuenta aquí por el año de la creación, y en otras partes por olimpíadas, por la fundación de Roma, por el nacimiento de Jesucristo, por la época de Eusebio, por la de las Selencidas, por la de Nabonassar, y la de los Martires.² Los turcos tienen su égrá, los persas tienen su yozdegordic.³ Se computa tambien por las eras juliana, gregoriana, ibérica,⁴ y actiana.⁵ No haremos mención de los mármoles de Arundel, de la medallas y mo-

¹ Véase la nota 7 al fin de la obra.

² Esta época se subdivide en griega, judía, alejandrina, etc.

³ Los historiadores griegos.

⁴ Los historiadores latinos.

⁵ Seguida por el historiador Josefo.

⁶ Seguida por Tolomeo y otros.

⁷ Seguida por los primeros cristianos hasta el año 532, A. D., y en nuestros tiempos por los cristianos de Abisinia y Etiopía.

⁸ Los orientales no la colocan como nosotros.

⁹ Nombre de un rey de Persia muerto en una batalla contra los sarracenos en el año 632 de nuestra era.

¹⁰ Seguida en los concilios y en los antiguos monumentos de España.

¹¹ Deriva su nombre de la batalla de Actium, y de ella se han servido Tolomeo, Josefo, Eusebio y Censorio.

numentos de todas especies que introducen nuevos desórdenes en la cronología. Habrá sobrebre de buena fe que con solo echar la vista sobre estas páginas no convenga en que tanta variedad en órden á computar los tiempos; es motivo suficiente para hacer de la historia un espantoso caos. Los anales de los judíos, segun el más común parecer de los sabios, son los únicos que hacen la cronología sencilla, regular y luminosa. Pues ¿qué fin por un ardiente celo de impiedad se molesta el espíritu con trampas de tiempos tan áridos como imapeables, cuando tenemos el hilo tan seguro que nos sirva de guía en la historia? Esta es una nueva evidencia en favor de las Escrituras.

CAPITULO II.

LEOGRAFÍA Y HECHOS HISTÓRICOS.

Después de las observaciones cronológicas contra la Biblia, se siguen las que pretenden sacarse de los mismos hechos de la historia. Se cuenta la tradición de los sacerdotes de Tebas, que daba diez y ocho mil años de duración al reino de Egipto, y se cita la lista de las dinastías de sus reyes que aun existe.

La respuesta á una parte de esta objeción la dejamos al cuidado de Plutarco, que no será sospechoso en punto á cristianismo. Este, pues, hablando de los egipcios dice: "Que su año en de cuatro meses, y segun algunos autores no se componía mas que de uno solo, y no comprendía sino el curso de una sola luna. De este modo no constando su año mas que de un mes, es suficiente motivo para que parezca tan largo el tiempo que ha pasado desde su origen y sean tenidos por los mas antiguos de los pueblos, aunque sean unos nuevos habitantes de aquel país."¹ Sabemos tambien por Herodoto, Diódoro Sireulo, Justinó, Jablonsky y Estrabon, que los egipcios ponian su vanidad en ocultar su origen en los tiempos, ó por decirlo así, en esconder su cuna bajo la oscuridad de los siglos.

El número de sus reinados no puede servir de embarazo alguno. Se sabe que las dinastías egipcias se componen de reyes contemporáneos por otra parte, una misma palabra en las lenguas orientales se lee de cinco ó seis modos diferentes, y nuestra ignorancia hizo con frecuencia de una sola persona cinco ó seis distintas.² Esta

¹ Plat. in num. 30.

² Herodot. lib. II.

³ Diob., lib. I.

⁴ Just., lib. I.

⁵ Jablonsky, Panth. Egypt. lib. II.

⁶ Strab. lib. XVII.

⁷ Citamos un ejemplo entre muchos: el monogramma de Fo-hi, divinidad de los chinos, es exactamente el mis-

mo que lo ha sucedido con respecto á las traducciones de un nombre solo. El *Albath* de los egipcios se traduce en Eristotenes con un ejemplo; que significa en griego *el literato*, así como lo significa tambien en esfito; y no han dejado de hacer dos reyes de *Albath* y de *Hermes*, ó *Hernógues*. Pero el *Atthoth* de Maneton aun se multiplicó; se llama *Thoth* en Platon, y el texto de Seneconston prueba en efecto ser este su nombre primitivo. La letra *A* es una de las que se quitan y añaden segun el gusto de las lenguas orientales; así el historiador Josefo traduce por *Apochas* el nombre de la misma persona á quien Africano llama *Paduas*. Y ve aquí de estas cinco palabras *Thoth*, *Atthoth*, *Hermes*, ó *Hernógues*, ó *Mercurio*, otros tantos nombres famosos que ocupan segun ellos cerca de dos siglos; sin embargo, estos cinco reyes no eran sino *un solo egipcio* que acaso no vivió sesenta años.¹

no que el de *Mente*, divinidad de los egipcios; ademas que se halla bastantemente probado que los caracteres orientales no son mas que unos signos generales de ideas que cada uno traduce en su lengua, como la cifra arábiga entre nosotros. A esta modo, por ejemplo, el mismo número que el italiano pronuncia *quandecima*, lo expresa el inglés con la palabra *twelve* y el francés con la de *doze*.

Sigüete que pedian por otra parte estar bien enterados, han acusado á los judíos de haber corrompido los nombres históricos. Pero ¿cómo ignoran haber sido los griegos quienes desfiguraron todos los nombres de las personas y lugares, y en particular los de Oriente? Los griegos, así en esto como en otras muchas cosas, se parecian no poco á los franceses. ¿Se creeria que si *Livia* volviera al mundo se conociese á sí misma bajo el nombre de *Tito Livio*? Aun hay mas. *Tiro* lleva hoy todavía entre los orientales el nombre de *Asur*, de *Sour* ó de *Sar*. Pero los mismos athenienses debian pronunciar *Tur* ó *Tour*, por cuanto usaba letra que queremos llamar y *ch* y haerita sonar como una *t*, no es mas que el *apthoth* ó la *chigalia* de los griegos.

Tampoco es difícil de encontrar á *Darius* en *Asserius*. La inicial *A* era, como dejamos dicho, sino una de las letras móviles, unas veces esdrúscas, otras suprimidas. Resta, pues, *Sueris*. Ademas, *delta* ó la *D* mayúscula de los griegos se parece mucho al *sameck* ó *S* mayúscula de los hebreos. El primero es un triángulo, el segundo un paralelogramo obtusángulo; y otras veces un paralelogramo curvilíneo con base recuñica. El *delta* en los antiguos manuscritos, en las medallas y monumentos, casi nunca está cerrado en sus ángulos. La *S* hebrea se ha transformado en *D* entre los griegos, y esta mudanza de letras es muy común en toda su antigüedad.

Si á estos errores de figuras se añaden los de pronunciación, así aumentará mucho la probabilidad. Supongamos que un francés oyendo la palabra *through* (*troué*) en la boca de un inglés quisiese pronunciarla y escribirla en

Sobre todo, ¿qué necesidad hay de molestarse con unas disputas logográficas, cuando basta abrir la historia para convencerse del origen moderno de los hombres? Por mas conspiraciones que se maquinen con siglos inventados que no son hijos del tiempo, por mas muertes que se supongan para amontonar sombras, nada de esto impide que el género humano no sea de ayer. Los nombres de los inventores de las artes nos son tan conocidos como los de un hermano ó un abuelo. *Hyppuramus* fué el primero que construyó cabanas cubiertas de cañas, en las cuales habitó la primitiva inocencia. *Usans* cubrió su desnudez con pieles de bestias y arrestró los pedruzcos de la mar sobre el tronco de los hombres; Noé ó Baco plantó el arado; Agrotés ó Ceres recogió la primera cosecha. La historia, la medicina, la geometría, las bellas artes y las leyes no son mas antiguas que el mundo, y somos deudores de ellas á Herodoto, Hipócrates, Tales, Homero, Dédalo y Minos. Por lo que mira al origen de los reyes y de las ciudades, Moisés, Platon, Justinó y otros varios nos conservaron su historia; y sabemos tambien el cuándo y por qué razon se establecieron entre los pueblos las diversas formas de gobierno.¹

Si admiramos con todo eso hallar tanta grandeza y magnificencia en las primeras ciudades de Asia, fácilmente se desvanecerá esta dificultad con una sola observación tomada del genio ó gusto de los orientales. Estos pueblos han construído en todas las edades inmensas ciudades, sin que de esto nada pueda inferirse acerca de su civilización y antigüedad. El arábigo, que se libertó de las abrasadas arenas en que se tenia por dichoso de gozar una ó dos tocas de sombra bajo una tienda cubierta de pieles de oveja, es mismo que el que se cubre con un manto de lana sin conocer la fuerza y forma del tel, escribiria necesariamente *erzo* ó *áron* ó simplemente *tron*. Lo mismo sucede con el *sameck* ó *S* en hebreo. El sonido de esta letra, siguiendo los puntos mas arcaicos, es *ruixá* y participa mucho de la *D*. Los griegos, que tenían el *ch* como los ingleses, pero no la *S* como los israelitas, debieron pronunciar y escribir *Darius* en lugar de *Sueris*. De *Darius* á *Darius* es fácil convección, porque se sabe que las vocales no sirven en la etimología, y que cada pueblo varía con ellas los sonidos hasta el infinito. Cuando uno quiere divertirse á costa de las naciones y de la felicidad general de los hombres, seria muy conveniente que antes de entregarse á una alegría tan funesta, estuviese seguro á lo menos de no incurrir en grandes ignorancias.

¹ Sanech ap. Eun. *Præpar. Evang.* lib. I, cap. 10.

² Genes. cap. 4, v. 22.

³ Sanech. loc. cit.

⁴ Vid. Moys. Pent. Plat. de Leg. et Just. lib. II.

⁵ Vid. Boch. Geog. Sac. Cum. un. Sanech. Saur. sobre la Biblia. Danet. Bayle, etc.

mo árabe ha fabricado casi á nuestra propia vista ciudades populosísimas, vastas metrópolis en las cuales parece que este ciudadano de los desiertos ha pretendido cerrar la alameda. Los chinos, sin embargo de haber adelantado poco en las artes, tienen también las más grandes ciudades del globo, con jardines, murallas, palacios, lagos y canales artificiales, como los de la antigua Babilonia.¹ Y últimamente, no somos nosotros mismos un ejemplo vivo de la rapidez con que se civilizan los pueblos? Apenas se cuentan más de doce siglos cuando nuestros antepasados eran tan bárbaros como los hotentotes; sin embargo de esto, excedemos el día de hoy á la Grecia en lo refinado del gusto, del lujo y de las artes.

La lógica general de las lenguas no puede suministrar ninguna razón sólida en favor de la antigüedad de los hombres. Los idiomas del primitivo Oriente lejos de anunciar unos hombres envejecidos en la sociedad, nos lo manifiestan por el contrario muy inmediatos á la naturaleza. Su mecanismo es de una extrema simplicidad, el hipérbolo, la imágen y todas las demás figuras poéticas se reproducen en ellos sin cesar, al paso que apenas se encuentran palabras para la metafísica de las ideas. Sería imposible expresar claramente en hébreo la teología de los dogmas cristianos.² Solamente entre los griegos y árabes podemos hallar los términos conmensurados propios para describir las abstracciones del pensamiento. Todo el mundo sabe que Aristóteles es el primer filósofo que inventó las categorías, adonde por fuerza vienen á arreglarse las ideas, de cualquiera clase ó naturaleza que sean.³

Por último, se afirma que antes que los egipcios hubiesen edificado sus templos, de los cuales subsisten tan hermosas ruinas, los pueblos pastores guardaban ya sus rebanoes encima de otras ruinas que habian quedado de una nación desconocida, lo cual debía suponer una antigüedad muy grande.

Para decidir esta cuestion, sería necesario sa-

¹ Vid. el P. de Hald. Hist. de la Ch. Cart. edifíc. Lond. Mac. Amb. lo Ch. etc.

² Se puede asegurar esto leyendo los Padres, que han escrito en siríaco, y entre ellos San Efrén, diácono de Edesa.

³ Si las lenguas piden tanto tiempo para su entera confesion, ¿por qué los salvajes del Canadá tienen unos dialectos tan milles y complicados? Los verbos de la lengua hurón tienen todas las inflexiones de los verbos griegos se distinguen como los últimos por la característica, el aumento, etc.; tienen tambien tres modos, tres géneros, tres números, y sobre todo un cierto desreglo de letras que es particular á los verbos de las lenguas orientales. Pero lo que tiene mas imprecipable, es un cuarto pronombre personal que se coloca entre la segunda y la tercera persona del singular y plural. No encontramos cosa semejante á esto en las lenguas muertas ó vivas de que tenemos alguna tinta.

ber exactamente quiénes eran y de dónde provenian los pueblos pastores. Mr. Bruce, que lo reconocia todo en Etiopia, les hacia salir de este país. Sin embargo, los etíopes, lejos de enviar colonias á países extranjeros, componian en esta época un pueblo nuevamente establecido. *Ethiopes, dice Eschschio, ab Indo fluvio consergentes, iuxta Ægyptiam considerant. Maneton en su sexta dinastía llama á los pastores feniós, extranjeros.* Eusebio señala su llegada á Egipto en el reino de Amosis, de lo cual se deduce las consecuencias siguientes: primera, que el Egipto entonces no era bárbaro, por cuanto Inaco, egipcio, llevó hacia aquel tiempo la ilustración á Grecia; segunda, que el Egipto no estaba cubierto de ruinas, porque Tebas estaba edificada, y Amosis era padre de aquel Sesostri que elevó la gloria de los egipcios hasta su mayor altura. Segun el historiador Josefo, Tetanosis fué quien obligó á los pastores á abandonar enteramente las orillas del Nilo.¹

Pero ¡ah, qué nuevos argumentos no se hubieran formado contra la Escritura si se hubiera conocido otro prodigio histórico que toca igualmente á las ruinas, como toda la historia de los hombres! Se han descubiertos de algunos años á esta parte en la América setentrional, en las orillas del Muskingo, del Miami, del Wabache, del Ohio, y sobre todo del Sótoto,² varios monumentos que ocupan un terreno de más de veinte leguas de longitud. Estos monumentos son unas murallas de tierra con sus fosos, explanadas, lunas y medias lunas, y grandes conos que sirven de sepulcros. Se ha preguntado, aunque en vano, qué pueblo dejó semejantes señales? El hombre se halla suspenso al presente entre lo pasado y lo futuro, como sobre una roca entre dos abismos; por delante y por detrás de él todas son tinieblas, apenas se perciben algunos fantomas que subiendo de lo profundo de los abismos, nadan por un momento sobre la superficie y vuelven á sumergirse en ellos.

Pero cualesquiera que fuesen las conjeturas acerca de las ruinas americanas, y aun cuando á esto se añadiesen las visiones de un mundo primitivo y las quimeras de una Atlántida, la nación civilizada que tal vez maneó su arado en la misma

¹ Manet. ad Joseph. et Afric. Herod. lib. II, cap. 100. Diod. lib. I. Ps. 48. Euse. Chron. lib. I, p. 13.

² Por lo demás, la narracion de estos pueblos, referida por los autores profanos, nos explica lo que se lee en el Génesis acerca de Jacob y de sus hijos: *Ut habitare possitis in terra Gessen, quia delectantur Ægyptii amare pastorem orium.* (Gen. cap. 46, v. 34.)

De lo cual se puede tambien adivinar el nombre griego del Faraon en cuyo reinado entraron los israelitas en Egipto, y del segundo Faraon en cuyo reinado salieron. La Escritura, en lugar de contradecir las otras historias, las sirve de prueba.

² Véase la nota § al fin de la obra.

ma llanura en que los iroqueses persiguen hoy á las osos, no necesitó para consumar su suerte más largo tiempo que el que devoró los imperios de los Ciro, Alejandro y César. ¡Feliz á lo menos aquel pueblo que no ha dejado nombre en la historia y en cuya herencia solo han sucedido los ganos de los bosques y las aves del cielo! Nadie vendrá á blasfemar del Criador á estos retiros salvajes, ni con la balanza en la mano á pesar el polvo de los difuntos para probar la eternidad del linaje humano.

Por lo que hace á nosotros, amantes solitarios de la naturaleza y confesores sencillos de la Divinidad, no hallamos sentados sobre estas ruinas. Nosotros, viajeros sin fama, hemos conversado con estos despojos tan ignorados como nosotros mismos. El recuerdo confuso de los hombres y las vagas imaginations del desierto se mezclaban en el fondo de nuestra alma. La noche estaba en medio de su carrera y todo guardaba un profundo silencio, la luna, los bosques y los sepulcros. Solamente se oia por largos intervalos la caída de algún árbol que derribaba la segur del tiempo en lo más profundo de los bosques; de este modo llegan á caer y convertirse en nada todas las cosas.

No nos creemos obligados á hablar con seriedad de las cuatro jugas ó edades indianas, la primera de las cuales duró tres millones y doscientos mil años, la segunda un millon de años, la tercera un millon y seiscientos mil, y la cuarta, que es la edad actual, durará cuatrocientos mil años.

Si se añaden á todas estas dificultades de cronología, logografía y hechos, los errores que provienen de las pasiones del historiador ó de los hombres que viven en sus copiantes; si se agregan tambien las faltas de los copiantes y otros mil accidentes de tiempos y lugares, será preciso convenir en que todas las razones alegadas por la historia en favor de la antigüedad del globo, son tan poco satisfactorias como inútiles de investigar. No se puede negar ciertamente que es establecer muy mal la duracion del mundo, el tomar para ello la base en la vida humana. ¡Que por tomar la sucesion rápida de unas sombras momentáneas se nos pretende demostrar la permanencia y realidad de las cosas! ¿se nos intenta probar por medio de escorbutos, una sociedad sin principio ni fin? ¡Tantos dias son menester para amontonar muchas ruinas! ¿Qué viejo se rizó el mundo si sus años se contasen por sus destrozos!

CAPITULO III.

ASTRONOMIA.

Se buscan en la historia del firmamento las segundas pruebas de la antigüedad del mundo y de los errores de la Escritura. De este modo los cielos, que cuentan á todos los hombres la gloria del

Altísimo, y cuyo lenguaje es entendido de todos los pueblos; nada dicen al inerte. Por fortuna no son los astros mudos, sino que son serenos los seres.

La astronomía debe su nacimiento á los pastores. En los desiertos de la nueva creacion veian los primeros hombres divertirse al rededor de ellos á sus jóvenes familias y sus numerosos rebanoes. Dichosos hasta el fondo del alma, no turbaba su felicidad una prevision inútil. En la ausencia de las aves por el otoño, no consideraban ellos la huída de los años, ni la caída de las hojas les advertía más que la vuelta de las escaerchas. Cuando sus ovejas consumian toda la yerba de los cerros inmediatos, metiéndose en sus cerros cubiertos de pieles con sus hijos y esposas, iban por medio de los bosques á buscar algún río desconocido donde la frescura de las sombras y la belleza de las soledades les convidaba á fijarse de nuevo.

Pero necesitaban una brújula que los guisase por estos bosques sin caminos y á lo largo de aquellos rios sin navegantes; se confiaron naturalmente en la experiencia de los astros y se dirijieron por su curso. Siendo á un mismo tiempo legisladores y guías, arreglaron el esquileo de las ovejas y las marchas lejanas. Cada familia se atoma á los pasos de una constelación y cada estrella caminaba al frente de un rebano. Al mismo tiempo que los pastores se entregaban á estos estudios, descubrían nuevas leyes. En aquel tiempo parece que Dios se complacía en descubrir los caminos del sol á los habitantes de las cabanas, y cuenta la fábula que Apolo habia bajado entre los pastores.

Unas columnas pequeñas de ladrillo servían para conservar la memoria de las observaciones; nunca tuvo el mas dilatado imperio historia mas sencilla. Con la misma herramienta con que habia taladrado su flauta y junto al mismo altar sobrio que habia sacrificado el cordero primal, grababa el pastor en una piedra sus inmortales descubrimientos. Ponía en otra parte otros testigos de esta astronomía pastoril; mandaba de anules con el firmamento; y del mismo modo que escribiría los fastos de las estrellas entre sus rebanoes, escribía tambien los fastos de sus rebanoes entre las estrellas. El sol en su carrera no se detuvo más que en los apriscos; el toro anunció con sus bramidos el paso del padre del día, y el carnero le esperó para saludarle en nombre de su amo; se vieron en el cielo vírgenes, niños, espigas de trigo, instrumentos de labranza, corderos y hasta el mismo perro del pastor; toda la esfera vino á ser una grande casa rústica habitada por el pastor de los hombres.

Pero ya desaparecieron aquellos hermosos dias de los cuales conservaron los hombres una memoria confusa en las historias de la edad de oro, donde se cuentan los errores de la Escritura. De este modo los cielos, que cuentan á todos los hombres la gloria del

de se encuentra el reino de los astros mezclado siempre con el de los rebaños. Ann el día de hoy es la India astronoma y pastoril como era antes el Egipto. No obstante, con la corrupción nació la propiedad y con la propiedad la division de terrenos, que es la segunda edad de la astronomía. Pero por un destino muy digno de consideración, los pueblos mas sencillos fueron los que conocieron mejor el sistema celeste; el pastor del Ganges encontró en menos errores que el sabio de Atenas; y se podría decir que la nautica de la astronomía había consagrado alguna inclinacion oculta hacia los pastores que fueron objeto de sus amores primeros.

Durante las largas calamidades que acompañaron y se siguieron a la caída del imperio romano, no tuvieron otro asilo la ciencias que el santuario de esta misma Iglesia que hoy profanan ellos con tanta ingratitude. Abridadas en el silencio de los claustros, debieron su conservación a aquellos mismos solitarios que al presente afectan despreciar. Un monge Bacon, un obispo Alberto y un cardenal Cusa, resucitaban en sus laboriosas vigiliás el genio de los Eudoxios, Timocaris, Hiparcos y Tolomeo. Protegidas por los papas que daban ejemplo a los reyes, salieron finalmente de aquellos lugares sagrados en que la religión las había abrigado con sus alas, y resució la astronomía por todas partes. Gregorio XIII reformó el calendario, restableció Copérnico el sistema del mundo, Tycho-Brahe renovó desde lo alto de su torre la memoria de los antiguos observadores hábiles, y Kepler determinó la forma de las órbitas planetarias. Pero Dios confunde aun la soberbia del hombre, concediendo a los juegos de la inocencia aquello mismo que niega a las investigaciones de la filosofía; a unos muchachos es a quien se debe el descubrimiento del telescopio. Galileo perfecciona este nuevo instrumento; desde entonces los caminos de la inmensidad se abrevian, el ingenio del hombre rebaja la altura de los cielos y los astros descienden para dejarse medir.

Tantos descubrimientos anunciaban otros mayores todavía, y se estaba muy cerca del santuario de la naturaleza para que se pasase mucho tiempo sin penetrar en él. No se necesitaba ya mas que unos métodos capaces de descargarse el espíritu de aquellos enormes cálculos con que se hallaba abrumado. Bien pronto osó Descartes transportar al gran Todo las leyes físicas de nuestro globo, y por uno de aquellos golpes de ingenio de que apenas se cuentan cuatro ó cinco en la historia, obligó al álgebra á unirse con la geometría, como la palabra con el pensamiento. Newton no tuvo mas que hacer que poner en obra aquellos materiales que tantas manos le habían dejado preparados; pero lo ejecutó con un artista sublime, y entre los diversos planes sobre que podía levantar el edificio de los globos, eligió el diseño del mismo Dios. Finalmente, conoció el

entendimiento el órden que admiraba la vista: las balanzas de oro que Homero y las Escrituras confiesan pertenecer al soberano Arbitro, lo fueron de vuelta; el cometa se somete, el planeta atrae al planeta por medio de su inmensidad, la mar siente la presión de dos grandes navios que corren millones de leguas sobre su superficie, y desde el sol hasta el mas mínimo átomo, todo se mantiene en un admirable equilibrio; solo el capazon del hombre es el que necesita un equilibrio en la naturaleza.

Pero ¿quién lo hubiera podido pensar? el momento en que se descubrieron tantas nuevas pruebas de la grandeza y sabiduría de la Providencia, fué el mismo en que se cerraron mas los ojos á la luz. No por que aquellos hombres inmortales, Copérnico, Tycho-Brahe, Kepler, Leibnitz y Newton fuesen unos ateos, sino porque sus sucesores, por una inexplicable fatalidad, se imaginaron tener sujeto á Dios en sus erisoles y telescopios, sin mas razon que ver en ellos algunos de los elementos sobre que la divina inteligencia ha fundado los mundos. Cuando reflexionamos los tiempos de nuestra revolucion y cuando imaginamos que todas nuestras desdichas son el triste resultado de la vanidad del saber, nos vemos expuestos á la tentación de creer que el hombre ha estado á pique de morir nuevamente, por haber alargado segunda vez la mano al árbol de la sabiduría? Seguienos dilatada materia para reflexiones acerca del pecado original la siguiente observacion: *Los siglos sobrios siempre han heado á los siglos de destrucción.*

Por tanto, tenemos por desgraciado al astrónomo que pasa las noches leyendo en los astros sin descubrir en ellos el nombre de Dios; ¿ahí es posible que en tanta variedad de figuras y en tan gran diversidad de caracteres, no ha de poder encontrar las letras de su nombre? ¿El poder de la Divinidad no está resuelto en los misteriosos cálculos de tantos soles? ¿una álgebra tan brillante no puede servir para descubrir esta grande Incógnita? *¿No observamos tan gran resaca?*

La primera objecion astronómica que se pone al sistema de Moisés, se saca de la esfera celeste. *¿Cómo es posible, se dice, que el mundo sea tan moderno? La composicion sola de la esfera: supone millones de años.*

Es cierto que la astronomía es una de las primeras ciencias cultivadas por los hombres. Mr. Bailly prueba que los patriarcas antes de Noé conocian el periodo de seisientos años, y el año consistia en 365 dias, 5 horas, 51 minutos y 36 segundos; y finalmente, que habían nombrado los seis dias de la creacion por el órden planetario. Supuesto pues que las razas primitivas eran ya tan sabias en la historia del cielo, no es muy probable que los tiempos, después del diluvio aca, hayan sido mas que suficientes para darnos un sistema

Bailly, *Hist. de la Ast. ant.* y modernas seg. ed.

astronómico tal como lo tenemos en el día? Por otra parte, es imposible fijar cosa cierta acerca del tiempo que se necesita para descubrir una ciencia. Desde Copérnico hasta Newton hizo la astronomía en menos de un siglo mas progresos que los que había hecho antes en el discurso de tres mil años. Se pueden comparar las ciencias con aquellos países cortados de llanuras y montañas; en las primeras se camina á pasos largos; pero cuando se llega á las faldas de las segundas, se gasta mucho tiempo en descubrir los senderos y llegar á las cimas desde las cuales se baja á otra llanura. Tampoco se puede deducir que porque la astronomía haya estado cuatro mil años en su edad media, que haya debido estar millones de siglos en su cuna; esto contradice todo lo que se sabe acerca de la historia y de los progresos del entendimiento humano.

La segunda objecion se deduce de las épocas históricas ligadas á las observaciones astronómicas de los pueblos, y en particular de las de los indios y caldeos.

Nuestra respuesta por lo que mira á las primeras, es que se sabe que los setecientos veinte mil años de que se borsejan, quedan reducidos únicamente á mil novecientos tres.

En cuanto á las observaciones de los indios apoyadas sobre hechos incontestables, no suben mas que al año 3102 antes de nuestra era. Esta antigüedad es muy grande sin duda alguna; pero finalmente, se halla situada entre límites conocidos. En esta época da principio la cuarta *jogwe* ó edad indiana. Mr. Bailly, separando las tres primeras edades y reuniéndolas á la cuarta, demuestra que toda la cronología de los bramias se encierra en un intervalo de casi setenta siglos, lo cual coincide con el cómputo de los Setenta, y prueba con evidencia que los fastos de los egipcios, caldeos, chinos, persas é indios, convienen exactamente con las épocas de las Escrituras. Ojalamos con otro tanto mayor gusto á Mr. Bailly, en cuanto este apreciable sabio murió víctima de los degradados principios que intentamos combatir. Cuando este hombre decentísimo escribía, hablando de *Hypatia*, jóven astronóma asesinada por los habitantes de Alejandría, que los modernos libertan al menos la vida, *vulnerando la reputacion*, estaba muy lejos de creer que el mismo sería una prueba lamentable de la falsedad de su asercion y que renovaria la historia de *Hypatia*.

Por lo demás, todos los cálculos infinitos de generaciones y siglos que se encuentran en muchos pueblos, tienen su principio en una debilidad muy natural al corazon humano. Los hombres

1 Las tablas de las observaciones hechas en Babilonia antes de la llegada de Alejandro, fueron enviadas por Calistenes á Aristoteles. V. Bailly.

2 Véase la nota 9 al fin de la obra.

3 Bailly, *Ast. Ind. Disc. prel. part. II, p. 126, etc.*

que sienten en sí mismos un principio de inmortalidad, están como avergonzados de la brevedad de su existencia; se los figura que con solo amontonar sepulcros sobre sepulcros podrán ocultar este rico capital de la naturaleza, que es el de una corta duracion, y que añadiendo la nada á la nada conseguirán componer una eternidad. Pero se engañan á sí mismos y descubren lo propio que pretenden ocultar; porque cuanto mas alta es la pirámide fúnebre, tanto mas pequeña aparece la estatua viva colocada sobre ella; y aun parece mucho mas corta la vida cuando la enorme fantasma de la muerte la levanta en sus brazos.

CAPÍTULO IV.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE. HISTORIA NATURAL. DILUVIO.

No siendo pues suficiente la astronomía para echar por tierra el sistema de la Escritura, se reanuda el ataque por la historia natural. Unos no hablan de ciertas épocas en que todo el universo se renovaba, y otros niegan las grandes catástrofes del globo, tal como el diluvio universal, y dicen: "Las lluvias no son otra cosa mas que los vapores de los mares. Todas sus aguas no son "inútiles para cubrir la tierra hasta la altura "de que hablan las Escrituras." Bien pudieramos responder que este modo de razonar hace muy poco favor á los vastos conocimientos de que tanto se precian, por cuanto la química moderna nos enseña que el aire puede convertirse en agua; y en este caso ¿qué diluvio tan horrible! Pero despreciamos estas fútiles razones tomadas de las ciencias, que dando cuenta de todo al entendimiento, no dan de cosa alguna al corazon. Nos contentaremos con responder que para anegar enteramente la parte terrestre del globo, bastaría que el Océano saltase sus orillas, sacando toda el agua de sus abismos. Y además, hombres presuntuosos, ¿habéis preguntado vosotros en *Las lecciones del gramático?* conocéis los hijos de este abismo de donde el Señor saca la muerte en el terrible día de sus venganzas?

Sea que Dios levantando el depósito de los mares vertiese sobre los continentes el turbio Océano, ó sea que apartando al sol de su carrera le mandase levantar sobre el polo con señales fúnebras, es constante que un espantoso diluvio asoló la tierra.

1 No tien de José porque manda al sol que se detenga. No hubiéramos creído vernos obligados á decir á nuestro siglo que el sol no es inmóvil, aunque centro. Se ha disculpado á José diciendo que hablaba expresamente segun el estilo del vulgo; pero hubiera sido muy natural decir que hablaba como Newton. Si queréis parar un reloj, no romperéis una rueda pequeña, sino el grande resorte, cuya quietud fijará repentinamente el sistema.

2 Job. cap. 38, v. 22.

En esta ocasión quedó casi aniquilada la especie humana. Dieron fin todas las dimensiones de las naciones y cesaron todas las revoluciones. Los reyes, los pueblos y los ejércitos enemigos suspendieron sus rencoras sanguinarios, y se abrazaron poseídos de un mortal espanto. Los templos se vieron llenos de suplicantes pálidos, que tal vez habían blasfemado de la Divinidad por toda su vida; pero la Divinidad los absolvió por toda su parte, y al instante se publicó que todo el Océano llegaba ya á la puerta de los tiempos. En vano se subieron á la cumbre de las montañas las madres con sus niños, en vano intentó el amante hallar un abrigo para su querida en la misma gruta que le había servido de asilo para sus deleites, en vano disputaron los amigos á los osos espantados la copa de las encinas; las mismas aves, arrojadas de rama en rama por las olas que iban en aumento, cansaron inútilmente sus alas en unas llanuras de arena sin orillas. El sol, que no alumbraba más que la muerte al través de las nubes cárdenas, se mostraba amoratado y mortecino como un enorme cadáver anegado en los cielos. Se apagaron los volcanes vomitando tumultuosas humaredas y pereció uno de los cuatro elementos, el fuego con la luz.

Se cubrió el mundo de horribles sombras, de donde salían espantos clamores, y entonces fué cuando en medio de las húmedas tinieblas se subieron á la Peña más escarpada del globo el resto de los seres vivientes, el tigre y el cordero, el águila y la paloma, el reptil y el insecto, el hombre y la mujer; pero hasta allí mismo los siguió el Océano, que levantando al rededor de ellos su angustiosa inmensidad, hizo desaparecer el último punto de la tierra bajo sus tempestuosas soledades.

Habiendo consumado Dios su venganza, mandó á los mares volverse al abismo; la tierra se abrió por todas partes y tragó las vastas ondas. Pero el Señor quiso dejar impressa sobre el globo unas señales eternas de su cólera; las despojes del elefante de las Indias se hallaron en las regiones de la Siberia, las conchas de Magallanes quedaron sepultadas en las canchales de Francia; bancos enteros de cuerpos marinos quedaron en la cumbre de los Alpes, del monte Tauro y de las Cordilleras; y estas mismas montañas fueron los monumentos que dejó Dios en los tres mundos para manifestar su triunfo sobre los impíos, al modo que un monarca planta un trofeo en el campo donde derrotó á sus enemigos.

No contento con estos testimonios generales de su cólera pasada, sabiendo con cuánta facilidad no olvida el hombre de su degradación, multiplicó los recuerdos en su morada. El sol no tuvo por trono en la mañana, ni por cama en la noche, sino el elemento húmedo donde se apaga todos los días, como en el tiempo del diluvio. Las nubes del cielo imitaron á las olas encrespadas, á las playas ó escollos blanquecinos. Las peñas

sobre la tierra dejaron caer cataratas; la luz falzó de la luna, los vapores blancos de la tarde cubrieron con frecuencia los valles á manera de neblinas, y en los lugares más áridos murieron árboles, cuyas ramas se enroscaron hácia el suelo de las ondas. Dos veces cada día tiende órden el mar de levantarse nuevamente en su cama para acometer á sus playas. Las cuevas de las montañas conservaron sordos murmullos y voces hígubres; la cima solitaria de los bosques presentó la imagen de una mar en movimiento, y el Océano pareció haber dejado sus ruidos en la profundidad de los bosques.

CAPÍTULO V.

JUVENTUD Y VEJEZ DE LA TIERRA.

Llegamos á la última objeción que se opone al sistema de Moisés acerca del origen moderno del globo. Se dice "que la tierra es una nodriza viejísima, cuyo pecho arrugado anuncia su decrepitud. Examínad sus fósiles, sus mármoles, sus granitos y sus lavas, y leeréis en ellos sus innumerables años señalados por círculos, capas ó ramos, así como los de la serpiente por el cascabel, los del caballo por su diente ó los del ciervo por sus astas."

Esta dificultad ha sido resuelta muchísimas veces por esta excelente y única respuesta: *Dios ha debido criar y sin duda crió el mundo con todas las señales de antigüedad y complemento que en él vemos.*

Es verosímil que el autor de la naturaleza formó desde luego bosques viejos y nuevos plantelos; que los animales nacieron, los unos llenos de días y los otros adornados de las gracias de la infancia. Los encinas penetrando el suelo fecundo sostenían á un mismo tiempo los nidios viejos de los cuervos y la nueva posteridad de las palomas. Gussano, crisálida y mariposa, el insecto caminó arrastrado sobre la yerba, suspendió su huevo de oro en las selvas ó floteó en el vacío de los aires. La abeja, sin embargo de no haber vivido más que un día, contaba ya su ambrosia por generaciones de rosas. Se debe creer que la oveja no estaba sin su cordero, las aves sin sus crías, y que los arbustos ocultaban entre sus ramillas á losruiseñores admirados de cantar sus primeros trinos, calentando las frágiles esperanzas de sus primeros deleites.

Si el mundo no hubiera sido criado á un mismo tiempo joven y viejo, lo grande, lo melancólico y lo mortal desaparecerían de la naturaleza, porque lo antiguo constituye la esencia de estos sentimientos. Cada paraje hubiera perdido sus maravillas. La Peña rítmica no hubiera estado presente sobre el abismo con sus largas gradas; los

1 Véase la nota 10 al fin de la obra.

bosques despojados de sus accidentes no hubieran mostrado aquel admirable desórden de árboles inclinados sobre sus tallos, de troncos encorvados sobre la corriente de los ríos y cubiertos de musgo y de yedra. Los pensamientos inspirados, los ruidos venerables, los genios, las voces encantadoras y el santo horror de los bosques, hubieran desaparecido con las bóvedas sombrías que les sirven de retiro; y las soledades de la tierra y del cielo hubieran quedado desnudas y desencantadas, perdiendo esas columnas de encinas que las unen. En el mismo día en que el Océano esparció las primeras olas sobre sus orillas, bañó también sin duda alguna los escollos gastados ya por las ondas, las playas sembradas de conchas, las bahías embravecidas, y los calcos descarnados que sostenían, contra el ímpetu de las aguas, las riberas vacilantes de la tierra.

Si esta originaria vejez, no hubiera habido pompa ni majestad en la obra del Eterno, y la naturaleza en el estado de su inocencia hubiera sido menos bella que en el estado actual de su corrupción, lo que no podía suceder. Una insípida infancia de plantas, animales y elementos hubiera coronado una tierra sin poesía; pero no dibujó Dios tan mal los bosques de Eden como lo pretenden los incrédulos. El hombre rey nació de edad de treinta años, á fin de concordar por su majestad con las antiguas grandezas de su nuevo imperio; del mismo modo que su compañera contó diez y seis primavera que no había vivido, para estar en armonía con las flores y aveillas, con la inocencia, los amores y toda la parte joven del universo.

LIBRO QUINTO.

EXISTENCIA DE DIOS PRUBADA POR LAS MARAVILLAS DE LA NATURALEZA.

CAPÍTULO I.

ASUNTO DE ESTE LIBRO.

Réstanos examinar todavía uno de los principales dogmas del cristianismo, á saber: *el estado de las penas y premios de la otra vida.* Pero no se puede tratar esta importante materia sin hablar al mismo tiempo de las dos columnas en que se apoya el edificio de todas las religiones de la tierra, y son la existencia de Dios y la inmortalidad del alma.

Por otra parte, nos hallamos empeñados en este grande estudio por la explicación natural de nuestra materia, pues solo después de haber seguido la fe aquí abajo, es como podemos acompañarla en aquellos tabernáculos á donde se vue-

la, dejando la tierra. Observando siempre con fidelidad nuestro plan, sepárramos de las pruebas de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma las ideas abstractas, y empleáremos solamente las razones poéticas y de sentimiento, es decir, las maravillas de la naturaleza y las evidencias morales. Platon y Ciceron entre los antiguos y Clarke y Leibnitz entre los modernos han probado metafísicamente y casi geométricamente la existencia del Ser soberano.¹ Los más grandes ingenios de todos los siglos han creído en este dogma consolador y aunque no le hayan admitido algunos sofistas, puede muy bien existir Dios sin su aprobación. Solo la muerte, á la cual pretenden reducirlo todo los ateos, es lo que necesita que se escriba en favor de sus derechos, porque tiene poca realidad para con el hombre. Déjmosla pues sus deplorables partidarios, que ni aun ellos mismos se entienden entre sí; porque si los hombres que creen en la Providencia están acordes, á lo menos en los puntos principales de su doctrina, por el contrario, aquellos que niegan al Criador no cesan de disputar entre sí acerca de los fundamentos de su nada; tienen delante de sí un abismo, y para cegarlos no les falta sino la última piedra, pero no saben de dónde tomarla. Además, hay en el error cierto vicio de naturaleza, el cual hace que cuando este error no se también nace, nos choca y nos subleba al momento, y de aquí provienen las interminables disputas de los ateos.

CAPÍTULO II.

ESPECTÁCULO GENERAL DEL UNIVERSO.

Hay un Dios; las yerbas de los valles y los cerdos de las montañas le bendicen, el insecto murmurilla sus alabanzas y el elefante le saluda al amanecer; las aves le cantan en medio de las ramas, el rayo manifiesta su poder y el Océano declara su inmensidad. Solo el hombre necio es el que dice: No hay Dios.

Pero es posible que no haya levantado sus ojos al cielo en sus desgracias, ni bajadoslos en su felicidad hácia la tierra? ¿Se halla tan distante de él la naturaleza, que no la haya podido contemplar, ó la crea por ventura un simple resultado de la casualidad? Pero qué casualidad ha podido obligar á una materia desordenada y rebelde á colocarse en un órden tan perfecto?

Se podría decir que el hombre es el pensamiento manifestado de Dios y que el universo es su imaginación hecha sensible. Los que han admitido de la hermosura de la naturaleza como prueba de una inteligencia superior, deberían haber reflexionado una cosa que aumenta prodigiosamente la esfera de las maravillas, y es que el movimiento y la quietud, la luz y las tinieblas, las es-

1 Véase la nota 10 al fin de la obra.